

Anfisbena

Eugenia Revueltas

Adormecida por el calor Petra se mecía pausadamente, impulsándose de trecho en trecho con un ligero taconeo que ponía en movimiento la mecedora, airando sus piernas blancas y hermosas, que frotándose, la hacían estremecerse con un gozo mezquino y súbito, en el vértice inferior de su cuerpo; tan mínimo y a la vez tan lancinante, que apenas si la hacía entrecerrar los ojos y evocar para darle sentido a esa mísera sensación de placer, la imagen de Narciso. Un Narciso que en nada se parecía al hombre alto y obscenamente gordo, que prefería cambiarse de acera y quedar expuesto a las inclemencias del sol del mediodía, antes que sus cobardes ojos de iguana azul se encontraran con los de ella. Pasado el efímero y solitario orgasmo, Petra abría sus ojos transparentes como ágata, llenos de un rencor que, aunque abismal, apenas si irisaba su mirada aparentemente serena e inocente de helecho tempranero; volvía a abanicarse para paliar el calor del estío y el instantáneo sofoco de una juventud que se escurría irremediablemente, en un piélagos hecho de abstinencia, lascivia sometida, envidia y desesperanza. Sentada en el fresco corredor, sentía que una cólera ascendente la iba llenando toda. Que ella, la bella Petra, la flor del Papaloapan se fuera momificando, convirtiéndose en una vieja virgen, ridícula y frágil, era algo que no les iba a perdonar nunca, nunca.

Jugando rabiosamente con las varillas de su abanico, recorría ensimismada los obstinados claustros de sus recuerdos. Sabía que de las dos Petras que era, la que escondía su cabeza en el fango pestilente de su lujuria solitaria, en el mar amargo de la autocompasión, la que como la bestia, se escondía en el universo cálido y contráctil de su propia cola, era parte sustancial de la otra sección del hemisferio cerrado que ella era. Petra: la de afuera y la de adentro; el espejo de virtudes, la hija de María, la presidente de las damas de la Beneficencia del Papaloapan; Petra la obscura y lujuriosa, la que anhelante atisbaba en la noche, las sombras fugaces de los amantes; la que con el oído tendido escuchaba los más leves escarceos amorosos, aquellos que ella misma propiciaba en sus jóvenes criadas; la que incitaba a la vieja nana para que golpear a su nieta en las jóvenes, desnudas y sólidas nalgas: entonces, si alguien hubiera espiado, hubiera visto cintilar, llenos de placer, sus ojos.

Dicen que las penas ennoblecen ¡Qué va a ser!. Cuando pienso en la Petra que fui, aquella hecha para gozar de la vida, que contemplaba con ojos alegres el mundo e inauguraba cada día todas las cosas que la rodeaban; la que como rayo

de sol, todo lo iluminaba con risas, bromas, carantoñas y gozosa, se estremecía de placer al nadar en las penumbrosas aguas del río al amanecer, así sencillamente, con el deleite natural y espontáneo de una sensualidad libre de restricciones, elemental y pura. ¡Ah! como estoy llena de odio... cuando recuerdo cómo era y lo que soy, como el canto de *La llorona*, “ayer maravilla fui, ahora ni sombra soy”. Toda esa felicidad y libertad desaparecieron cuando llegó Narciso con su habla gutural y sus glaucos ojos de iguana. Me enamoré de él casi sin pensarlo, casi sin sentirlo. Me vestía para él; y por él y para él; siempre él, en mis sueños y mis pesadillas. A la mañana y a la noche, por las solitarias plazoletas y los abigarrados y coloridos corredores del pueblo. Él, mi amado, el único. Él, él, así, obsesivamente, vulnerando mi alegría, restringiéndome el mundo, enclaustrándome. Él por los cuatro costados. Arriba, abajo, atrás, adelante... y en el horizonte, él, omnipresente e ineluctable. La gente del pueblo decía que éramos el uno para el otro. A veces en mi casa sorprendía los malignos ojos de Pía, que vigilante nos observaba. Un día ella lo recibió en la obscura sala, al atardecer de un día de verano y como gata en celo se lanzó rabiosa sobre él y lo poseyó con fiereza. Como una pálida vampiresa se prendió a su cuello y fue sorbiendo, lenta, sensual y obstinadamente, la sangre de mi amado, que sin fuerzas, se dejó llevar por ella en una barca de ignominia, en la que la lujuria sustituyó el amor y luego navegaron pesarosos por un río de desencanto y hastío.

Nunca más volví a vestirme de colores, ni a salir más allá de los ensalitrados muros de la iglesia del pueblo. Petra la austera, la virtuosa, la víctima de la puta de su hermana Pía. Cómo la odio, yo la buena, la pura, la que gracias a ellos sólo conoce los oscuros goces de un onanismo que me empobrece y me vuelve torpe. Yo la que respiro acezante, buscando sensaciones miserables y prohibidas, mientras mi rostro es la imagen misma de la virtud mágica de la virgen solitaria; la que prende sus lámparas en vano pues un infranqueable muro de honesta fama me resguarda de los otros y de mí misma.

Ayer supe que la puta está enferma. Está condenada a muerte. El cáncer corroe sus entrañas de gata romana y un hedor insoportable como halo trágico la envuelve irremediamente. Narciso la contempla horrorizado, estúpido y miserable, atado al grillete de su cobardía. Cuento impávida, serena y gentil, los días que faltan para que muera. Nunca falta la vecina oficiosa que me haga la crónica diaria de sus pesares. ¡Justo castigo!

Hoy me he levantado vivaz y dichosa; amanecida, diría. Me dirijo a la oscura poza donde el río hace un recodo en las márgenes de mi casa y limpia finalmente, de todos los horrendos pecados que acumulé en estos veinte años, me sacudo los cabellos, seco mi cuerpo y me visto con mi mejor vestido blanco: el que mi padre compró para mi boda, lleno de azahares y encajes. Salgo a la calle. Libre al fin, había triunfado. La puta, podrida hasta la última de sus células, ya no podía escapar de su prisión de madera y húmeda tierra. Amable y dulce depósito, como perdonando, un ramo de gardenias en su mísera tumba, mientras aviesamente miro la cruz con su nombre, bajo la cual espero que sufra un eterno insomnio.